

EL TRABAJO DE LA MUJER: LA SEGUNDA SOLUCION

M^a del Rosario GARCIA-DONCEL HERNANDEZ

En la época inmediata al primer trabajo de Charlotte se tomó la decisión, casi en un cónclave familiar, de la profesión que adoptaría el único varón de la familia, Branwell. Por estas fechas, verano de 1835, Branwell era todavía la esperanza y el orgullo tanto de su padre como de sus hermanas. El joven mostraba, efectivamente, una enorme facilidad para el aprendizaje de cualquier materia y una destreza en sus ejecuciones fuera de lo común⁽¹⁾. De entre sus habilidades artísticas parecía que en la pintura era en lo que más destacaba, así que Mr. Brontë decidió inscribirlo como alumno de la Royal Academy de Londres. Esta decisión afectó enormemente las vidas de Charlotte, Emily y Ann durante unos años. Para la escasa economía familiar, los estudios de Branwell suponían ya un extra, con lo cual era evidente que a partir de ahora las hijas deberían buscarse

(1) Margaret Lane en *The Brontë Story* (Wesport: Greenwood Press, 1971), pág. 122, comenta sobre las aptitudes de Branwell lo siguiente:

(...) "In spite of his lack of schooling he was well-read, like all the family, and his classical studies under his father seem to have been pursued to uncommonly good effect, since some of his most able poetry is concerned with Greek and Roman themes, and his translation of the first book of the Odes of Horace has received respectful recognition even in our own time. In talking and writing his precocious facility was extraordinary, and his talents extended to music and painting as well.

su propio sustento. Como dice Margaret Lane⁽²⁾ en términos menos patéticos que Mrs. Gaskell⁽³⁾, una resolución de este tipo, en la que el dinero se empleaba en la sola educación del varón, era algo tan perfectamente común y tradicional en las familias victorianas que a nadie se le ocurría discutirlo. Charlotte lo aceptó plenamente y así lo muestra en la primera parte de su carta a Ellen⁽⁴⁾, donde le anuncia su decisión de trabajar como institutriz. Sin embargo, más adelante, en esta misma carta, manifiesta con toda claridad su pesar por el paso que tiene que dar. Su primer trabajo, el de profesora en un colegio privado, no es, por tanto, deseado, sino que es consecuencia ineludible de las necesidades económicas de la familia:

I am going to teach in the very school where I was myself taught. Miss Wooler made me the offer, and I preferred it to one or two proposals of private governess-ship, which I had before received. I am sad –very sad– at the thoughts of leaving home; but duty –necessity– these are stern mistresses, who will not be disobeyed⁽⁵⁾.

Manifestaciones de este tipo, en las que Charlotte expresa su descontento por el trabajo que tiene que realizar, se repiten con frecuencia a lo largo de su correspondencia. Si hay alguna variación en las mismas es el tono empleado que aumenta en desagrado hasta la utilización de términos como “odiar” y “aborrecer” para describir los sentimientos que le produce el trabajar como institutriz. Citamos algunos párrafos de sus cartas como ejemplos:

I intend to force myself to take another situation when I can get one, though I hate and abhor the very thoughts of governess-ship. But I must do it.

(...) I am miserable when I allow myself to dwell in the necessity of spending my life as a governess⁽⁶⁾.

Es evidente que esta profesión nunca fue deseada por Charlotte. Quizás, fuera ahora conveniente preguntarse si existieron en realidad causas objetivas por las que ella tuviera motivo para sentirse infeliz y rechazar de tal forma el trabajo que realizaba.

(2) M. Lane, pág. 126.

(3) Elizabeth Gaskell, *The Life of Charlotte Brontë* (London: Penguin, 1977).

(4) Ellen Nussey, compañera de estudios de Charlotte en Roe Head.

(5) E. Gaskell, pág. 156.

(6) Clement King Shorter, *The Brontës; Life and Letters* (London: Hodder and Stoughton, 1908), vol. I, págs. 173 y 174.

Respecto a su primer empleo, el de profesora en un colegio privado, parece, según todos los testimonios, que su infelicidad fue debida más bien a razones subjetivas. Es cierto que tenía muchas horas de enseñanza y que su sueldo no era elevado, pero también es cierto que durante esta época gozó de un ambiente y una compañía irrepetibles en sus posteriores puestos de trabajo. Las referencias que nos han llegado de Miss Wooler, la directora, coinciden en la imagen de una señora agradable, comprensiva y afectuosa. La propia Charlotte afirmaba: "My lines have fallen in pleasant places. I both love and respect Miss Wooler"⁽⁷⁾.

Sin embargo, no fue feliz, sobre todo, durante la última etapa que permaneció en el colegio. Sentía, al igual que sus hermanas, añoranza por su hogar, y a este sentimiento se unió otro aún más potente: la necesidad imperiosa de escribir. Charlotte, siendo consciente de su ímpetu creativo, sufría con angustia al no poderlo desarrollar, al ver que permanecía ahogado por tener que dedicarse a tareas que para ella eran monótonas e insignificantes⁽⁸⁾. Como afirma M. Lane al referirse a este hecho, "no conflict is more destructive than frustration"⁽⁹⁾, y en Charlotte esta frustración fue adueñándose de ella hasta afectar su salud seriamente.

Si a los motivos expuestos añadimos que no le gustaban los niños y que su malestar por convivir con extraños, en vez de decrecer, aumenta en sus posteriores experiencias como institutriz, la infelicidad de Charlotte con respecto a su trabajo es bastante comprensible. De todas formas, no eran factores desconocidos para ella pues siempre fue consciente de la incompatibilidad que existía entre su carácter y los requisitos necesarios para desempeñar su puesto de institutriz felizmente: "But no one but myself can tell how hard a governess's work is to me -for no one but myself is aware how utterly averse my whole mind and nature are for the employment."⁽¹⁰⁾.

Varios años después, cuando se encuentra de lleno dedicada a sus tareas de escritora, Charlotte, en una carta a su amigo W.S. Williams,⁽¹¹⁾ hace una relación de las características que deben acompañar a una aspi-

(7) M. Lane, pág. 126.

(8) (...) I had been toiling for nearly an hour with Miss Lister, Miss Marriot and Ellen Cook striving to teach them the distinction between an article and a substantive. (...) The thought came over me that I was to spend all the best part of my life in this wretched bondage, forcibly suppressing my rage at the idleness and apathy and the hyperbolic and most assinine stupidity of those fat-headed oafs and on compulsion assuming an air of kindness patience and assiduity? (...) I felt as if I could have written gloriously -I longed to write.

Margaret Howard Blom, *Charlotte Brontë* (Boston: Twayne Publishers, 1977), pág. 20.

(9) M. Lane, pág. 136.

(10) E. Gaskell, pág. 212.

(11) W. S. Williams, miembro de la firma Smith and Elder, editora de las novelas de Charlotte Brontë.

rante a institutriz, y la realiza con tal precisión que son obvias las reflexiones y la preocupación que, en otros tiempos, el tema le debió ocasionar. En sus palabras vemos reflejadas muchas de las cualidades de las que ella carecía:

Of pleasing exterior (that is always an advantage –children like it), good sense, obliging disposition, cheerful, healthy, possessing a good average capacity, but no prominent master talent to make her miserable by its cravings for exercise, by its mutiny under restraint-Louisa this endowed will find the post of governess comparatively easy (...) and if (...) she is fond of children, and possesses tact of managing them, their care is her natural vocation –she ought to be a governess⁽¹²⁾.

Finalmente debemos señalar que a todas las razones expuestas se unen otras de carácter más objetivo. Nos referimos al concepto y al trato desfavorable que, en general, recibían las institutrices y del que Charlotte Brontë también fue objeto.

Cuando Mrs. Gaskell llega en su obra al punto en el que tiene que narrar estos hechos se muestra cauta; sin duda quería evitar problemas futuros con algunos de los miembros de las familias en las que trabajó Charlotte. De todas formas la información que ofrece es lo suficientemente elocuente. Habla Mrs. Gaskell:

(...) I was once speaking to her about “Agnes Grey” (...) She said that none but those who had been in the position of governess could ever realize the dark side of “respectable” human nature; under no great temptation to crime, but daily giving way to selfishness and ill-temper, till its conduct towards those dependent on it sometimes amounts to a tyranny of which one would rather be the victim than the inflicter⁽¹³⁾.

En Julio de 1839, escribe una carta a Ellen en la que podemos observar, además del tono de denuncia por el injusto trato que recibe, el sufrimiento que padeció durante los meses que permaneció como institutriz de los Sidgwick. Charlotte le pide a su amiga que imagine:

(12) C. King Shorter, vol. II, pág. 59.

(13) E. Gaskell, pág. 186.

The miseries of a reserved wretch like me, thrown at once into the mist of a large family –proud as peacocks and healthy as Jews– at a time when they were particularly gay, when the house was full of company, (...) having the charge given me of a set of pampered, spoilt, and turbulent children, whom I was expected constantly to amuse as well as instruct (...) at times I felt and I suppose seemed depressed. To my atonishment I was taken to task on the subject by Mrs. Sidgwick with a stress of manner and a harshness of language scarcely credible. Like a fool, I cried most bitterly; (...) to be treated in that way merely because I was shy and sometimes melancholy was too bad⁽¹⁴⁾.

Por tanto, y con ello contestamos a la pregunta que nos hacíamos, la infelicidad de Charlotte en lo que se refiere a su trabajo de institutriz, está causada por una mezcla de motivos subjetivos y de otros que son debidos al ambiente adverso y desfavorable en el que vive. Si en estos últimos exageró más o menos⁽¹⁵⁾ es cuestión de poca relevancia para nuestro análisis. Lo cierto es que en su correspondencia y en las referencias que han llegado hasta nosotros, existe una denuncia por el trato que recibían las institutrices, denuncia que concuerda con la que luego dejaría reflejada en las páginas de su conocida novela *Jane Eyre*⁽¹⁶⁾.

(14) C. King Shorter, Vol. I, pág. 161.

(15) A pesar de las precauciones que tomó Elizabeth Gaskell, como por ejemplo el evitar dar nombres, este periodo de la vida de Charlotte, al igual que el de su etapa en el colegio de Cowan Bridge, provocó reacciones en defensa de las familias que la contrataron como institutriz, sobre todo de los Sidgwick. Así por ejemplo, Margaret Lane, pág. 156, cita las palabras que A. C. Benson, uno de los numerosos primos de los Sidgwick, manifestó sobre el tema:

She was, according to her own account, very unkindly treated, but it is clear that she had no gifts for the management of children, and was also in a very morbid condition the whole time. My cousin, Benson Sidgwick, now vicar of Ashby Parva, certainly on one occasion threw a Bible at Miss Brontë! and all that another cousin can recollect of her is that if she was invited to walk to church with them, she thought she was being ordered about like a slave; if she was not invited, she imagined she was excluded from the family circle.

(16) Confrontese M^a R. García-Doncel Hernández, *El modelo femenino en Jane Eyre* (Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1988).

Es lógico que ante la necesidad ineludible de tener que trabajar y la insatisfacción que le producía su empleo como institutriz, Charlotte meditara una posible solución. Surgió en ella la idea de abrir una escuela propia, algo parecido al colegio de Miss Wooler, aunque con menos pretensiones y más reducido por causas de espacio. Durante un tiempo este proyecto fue acariciado con ilusión por las tres hermanas pues representaba la solución a sus problemas. Podían resolver así sus necesidades económicas y, sobre todo, permanecer juntas y en Haworth, algo vital, y empleamos el término en su sentido etimológico, para ellas, principalmente para Emily. Antes de iniciar su empresa, tenían que solventar el problema económico que suponía realizar reformas y equipar el lugar adecuadamente y, además, el de su propia cualificación como profesoras ya que de ello dependía, en gran parte, el éxito de su proyecto⁽¹⁷⁾. Este trabajo se presenta como una opción más deseable que el empleo de institutriz. Sin embargo, no por ello podemos deducir que el trabajo de maestra en una escuela propia sea la meta ideal de Charlotte Brontë; es simplemente, dentro de la necesidad de trabajar, una alternativa mejor.

De todas formas, y a pesar de la infelicidad que siente en su trabajo de institutriz, existen en éste algunas características que son valoradas por ella favorablemente.

Debemos mencionar, en primer lugar, su enorme sentido del deber. De alguna manera Charlotte, al ser la mayor de sus hermanas, consideraba que recaía sobre ella el peso principal de ayudar en las necesidades económicas de la familia. Ello hace que continúe, a pesar del desagrado que le causa, con sus empleos como institutriz privada, ejecutando sus obligaciones con la convicción de que por muy adversas que le sean, ello le reportará un bien moral, es decir, un beneficio para la formación y el desarrollo de su persona. Esto parece ser para ella una de las pocas gratificaciones que ofrece el trabajo de institutriz:

A governess's experience is frequently indeed bitter, but its results are precious; the mind, feeling, temper are there subjected to a discipline equally painful and priceless. I have known many who were unhappy as governesses, but not one who regretted having undergone the ordeal, and scarcely one whose character was not improved –at once strengthened and purified, fortified, more considerate for the afflictions of others, by passing through it⁽¹⁸⁾.

(17) M. Lane, pág. 176, comenta que Charlotte había leído muchas novelas en francés para mejorar el dominio de esta lengua y que Emily y Anne sabían tocar el piano, pero no con destreza. Las tres hermanas eran conscientes de que lo que podían ofrecer a sus futuras alumnas no era suficiente.

(18) C. King Shorter, vol. I, pág. 423.

Hay otro factor en el trabajo de institutriz que es valorado también favorablemente por Charlotte. Nos referimos a la idea de que aún en las peores condiciones, el trabajo es preferible a la inactividad. A continuación reproducimos parte de una de sus cartas a W. S. Williams; esta cita es de gran interés para conocer su opinión sobre la mujer y el trabajo, así como su manifiesta descalificación de la ociosidad, algo muy frecuente en las jóvenes de las familias acomodadas de la época:

(...) Your daughters –no more than your sons– should be a burden on your hands. Your daughters –as much as your sons– should aim at making their way honourably through life. Do not wish to keep them at home. Believe me, teachers may be hardworked, ill-paid, and despised, but the girl who stays at home doing nothing is worse off than the hardest-wrought and worst-paid drudge of a school. Whenever I have seen, not merely in humble but in affluent homes, families of daughters sitting waiting to be married, I have pitied them from my heart. It is doubtless well –very well– if Fate decrees them a happy marriage; but, if otherwise, give their existence some object, their time some occupation, or the peevishness of disappointment and the listlessness of idleness will infallibly degrade their nature⁽¹⁹⁾.

Esta aparente exhortación general al trabajo⁽²⁰⁾ requiere algunas puntualizaciones.

En primer lugar, es evidente que, para Charlotte, el trabajo fuera del hogar tiene sólo la consideración de una segunda solución para la mujer, una alternativa al matrimonio claramente menos valorada que éste.

Para las jóvenes que carecen de fortuna propia, el trabajo es un medio de alcanzar la independencia económica que les evite la degradación de tener que recurrir al matrimonio por interés. Por eso propugna para ellas una educación y preparación que les ayuden a asegurar un futuro en el que puedan sustentarse por sí mismas. Si los padres pensarán así, reflexiona Charlotte, “girls would not be reared on speculation with a view to their making mercenary marriages, and, consequently, women would not be so piteously degraded as they now often are”⁽²¹⁾.

Para quienes ya poseen recursos independientes de subsistencia, el trabajo parece constituir una salvaguarda contra el vacío consecuente a la frustración de su proyecto vital primario. Así, si el matrimonio no

(19) C. King, Shorter, vol. II, pág.58.

(20) Otros ejemplos se encuentran en C. King Shorter, vol. I, pág. 423 y vol. II, pág. 233.

(21) C. King Shorter, vol. I, pág. 423.

llega, lo que es una posibilidad más que real y por tanto, una importante preocupación de la época, el ejercicio de una profesión o el desarrollo de una actividad podrá dar al menos “algún objetivo a su existencia y alguna ocupación a su tiempo”.

En segundo lugar, en coherencia con esta visión del trabajo como sustituto de la vida plena que la condición de esposa y madre puede proporcionar, las casadas quedan excluidas del mundo laboral, salvo que la subsistencia familiar se vea comprometida. La mujer casada no necesita inventar sus propósitos ni sus ocupaciones, puesto que ambos están definidos en su rol y tiene su marco exclusivo de desarrollo en el propio hogar, “when a woman has a little family to rear and educate and a household to conduct, her hands are full, her vocation is evident”⁽²²⁾. La misma Charlotte fue siempre celosa cumplidora de sus deberes domésticos, a los que no dudaba en supeditar incluso su actividad como escritora⁽²³⁾.

La dependencia económica del marido, que es un imperativo legal y por tanto afecta tanto a las que aportan su fortuna al matrimonio como a las desheredadas, no parece suscitar en ella ninguna inquietud.

Esta posición restrictiva del trabajo de las casadas provocó las iras y las acusaciones de su amiga Mary Taylor⁽²⁴⁾.

De las diversas opiniones sobre el tema que hemos visto exponer a Charlotte a través de su correspondencia, podemos deducir que se resaltan sobre todo del trabajo sus virtualidades como remedio de males mayores: con él se evita que las hijas sean una carga económica para sus

(22) C. King Shorter, vol. I, pág. 419.

(23) E. Gaskell, pág. 520.

(24) Mary Taylor, que es el polo opuesto a la conservadora Ellen Nussey, en una carta que reproduce C. King Shorter, vol. II, pág. 131, tras comentarle que ha leído parte de su novela *Shirley*, le reprueba con duras palabras su postura ante el trabajo de la mujer:

I have seen some extracts from
 “Shirley” in which you talk of
 women working. And this first
 duty, this great necessity, you
 seem to think that some women
 may indulge in, if they give up
 marriage, and don't make themselves
 too disagreeable to the other sex.
 You are a coward and a traitor. A
 woman who works is by that alone
 better than one who does not (...)
 It is very wrong of you to plead
 for toleration for workers on the
 ground of their being in peculiar
 circumstances, and few in number
 or singular in disposition.

padres y se obvia la ociosidad que, cuando las perspectivas de boda se alejan, es sinónimo de vida vacía y sin esperanza. Resulta lógico, por tanto, que sus reflexiones vayan dirigidas fundamentalmente a las más vulnerables, es decir, a las jóvenes con escasos recursos económicos, a las que recomienda encarecidamente adquirir una educación adecuada que las capacite para valerse por sí mismas. En cambio, dejando aparte ese valor instrumental, sobre el trabajo como virtud intrínseca apenas hay nada en sus escritos. Si los fines que el trabajo permite alcanzar se consiguen por algún otro afortunado camino, el valor del trabajo se difumina. De ahí que las casadas resulten eximidas de su ejercicio a pesar de que Charlotte no puede ignorar que éstas, aliviadas de las tareas domésticas por sus criados, están expuestas a la ociosidad en la misma medida que sus hijas casaderas.

Así pues la soltera, y más en concreto la que carece de fortuna, constituye su preocupación destacada. A ella van dedicadas sus recomendaciones y exclamaciones:

I wish every woman in England, had also a hope and a motive. Alas! there are many old maids who have neither⁽²⁵⁾.

En una sociedad como la victoriana en la que la figura por excelencia es la de la mujer casada, y mucho más la madre de familia, la soltera queda infravalorada o, en el mejor de los casos, ignorada. Sin embargo, para Charlotte la figura de la soltera adquiere una dimensión importante. Sin duda, en esta concepción debieron influir sus propias vivencias personales: por un lado, el hecho de haber rechazado propuestas de matrimonio debió afianzarla más en su precoz idea de no casarse nunca⁽²⁶⁾ y, por otro, la vida activa y feliz de su antigua profesora Miss Wooler, que constituía todo un ejemplo a imitar. Lo cierto es que la imagen de la

(25) C. King Shorter, vol. I, pág. 59.

(26) Por estas fechas había rechazado las propuestas de matrimonio que le hicieron Henry Nussey y un clérigo irlandés llamado Mr. Bryce. La propia Charlotte en una divertida carta que escribe a su amiga Ellen, el 4 de Agosto de 1839, cuenta cómo ocurrieron los hechos con Mr. Bryce. Termina la narración del suceso con el siguiente comentario: "I am entirely doomed to be an old maid. Never mind, I made up my mind to that task ever since I was twelve years old". E. Gaskell, pág. 192.

Respecto a su actividad y decisión de no casarse nunca existen interpretaciones opuestas. Según Elizabeth Gaskell, pág. 184: "Matrimony did not enter into the scheme of her life", a lo que que Margaret Lane, pág. 147, responde: "but this, except in a special sense, cannot be true. Matrimony, then as now, entered into the scheme of every young woman's life, with a preponderance of social pressure difficult to realize in our different century".

Nosotros nos inclinamos hacia la interpretación de Margaret Lane pues creemos que se acerca más a una realidad social por cuya influencia Charlotte también debió verse afectada.

mujer sola que se abre camino por sus propios medios viene a representar con los años un modelo valorado y respetado por Charlotte, contrastando así con la concepción general que de las mismas tenía la sociedad de su época:

I speculate much on the existence of unmarried and never-to-be-married women now-a-days; and I have already got to the point of considering that there is no more respectable character on this earth than an unmarried woman, who makes her own way through life quietly, perseveringly, without support of husband or brother; and who, having attained the age of forty-five or upwards, retains in her possession a well-regulated fortitude to support inevitable pains, sympathy with the suffering of others, and willingness to relieve want as far as her means extend⁽²⁷⁾.

Finalmente queremos señalar un dato que puede resultar interesante en lo que a su concepción del trabajo se refiere. Hemos observado que existe una gran diferencia en sus manifestaciones respecto a las ocupaciones que tiene entre su etapa de institutriz y la posterior de escritora. Sobre la primera ya conocemos lo que piensa; sus opiniones han quedado reflejadas en estas páginas. En cuanto a la segunda, las referencias que tenemos relativas a las actividades que realiza son todas favorables. Charlotte encuentra placer y gratificación en lo que hace y afirma que su trabajo es su mejor compañía:

(...) The fact is, my work is my best companion; hereafter I look for no great earthly comfort except what congenial occupation can give⁽²⁸⁾.

Sería aventurado, sin embargo, deducir de esta favorable afirmación sobre su nueva profesión, cualquier alteración en la visión del trabajo que ha quedado reflejada anteriormente.

La actividad de escritora, como otras semejantes, reviste sin duda características muy diferentes de las de cualquier empleo asalariado. Es primordialmente una afición, incluso una necesidad vital, largo tiempo practicada, que en un momento determinado le ofrece la posibilidad de vivir de ella.

(27) E. Gaskell, pág. 290. Esta carta está fechada el 30 de Enero de 1846. Han pasado, por tanto, varios años desde que comentara con desenfado el rechazo a su segunda propuesta de matrimonio. Sin duda, Charlotte piensa ahora que puesto que su destino es el de permanecer soltera, debe asumirlo de la mejor forma posible.

(28) C. King Shorter, vol. II, pág. 62.

Si quisiéramos establecer una conclusión con pretensiones de generalidad, podríamos decir que entre el trabajo, que es presentado como una servidumbre, y la descalificada inactividad de las jóvenes con recursos económicos parece haber una posibilidad intermedia más valorada, consistente en la ocupación del tiempo mediante actividades de cultivo del espíritu adaptadas a las aficiones de cada cual.